

DESDE EL OTRO LADO DE LA tarima

ÁLVARO LÓPEZ RODRÍGUEZ

Doctor en Medicina. Profesor Adjunto de la Facultad de Medicina
alvaro1959lopez@gmail.com

El tiempo de estancia en el colegio no es el que mejores recuerdos trae a mi memoria. De cualquier forma, para comprender mejor en su contexto mis vivencias en aquellos años, creo necesario previamente referirme a una serie de circunstancias: la primera es que transcurrieron durante los años 60 y 70 del pasado siglo, es decir, me encuadro dentro del Bachillerato antiguo, que para los que no tengan muchas o vagas referencias de él, valga señalar que todos los estudiantes de 13 años debíamos traducir del latín leyendo directamente en el texto (en mi caso Plinio el Joven), conocer la geografía española y mundial (ríos, mares, golfos, cabos, estrechos, capitales del mundo, cordilleras, montes, volcanes, etc.), conocer la física básica, formulación química, ecuaciones y raíces, amén de la geometría elemental y la tortura de 3 horas semanales de inglés (“*My taylor is rich*”...). A partir de los 14, y una vez realizada la reválida del bachiller elemental en el Instituto correspondiente, nos separábamos en ciencias y letras en el llamado bachillerato superior. Yo iba para ciencias por razones obvias.

En segundo lugar, yo soy el séptimo de 8 hermanos manteniendo más de una década de diferencia con la hermana que me precede. Esto es importante porque mis hermanos eran mucho mayores que yo (casi todos estaban estudiando Bachillerato cuando nací) y por tanto entre “torturas y juegos” me enseñaron antes de iniciar el colegio casi con 6 años las letras y los números y mil cosas más inaccesibles para los niños de mi entorno. De esta manera, cuando me enfrenté a “ese lugar precioso” en el que “*todos los niños se lo pasaban bien*” y que en definitiva para mí resultó ser un fiasco, ya contaba perfectamente y era capaz de leer un texto básico (imagino que sin entender nada), pero lo leía.

Inicié mis estudios en una escuela pública de provincias en el año 1964. Era un edificio viejo y al menos para mí bastante tenebroso. Recuerdo que íbamos con un babi azul oscuro lo que le daba al lugar un aspecto un tanto siniestro, más aún cuando en el recreo y en fila india los alumnos recogíamos un botellín de leche que generosamente suministraba la escuela. En aquella

Por entonces y a pesar de que había “aprendido” letras y números muy tempranamente, empezaba a darme cuenta que estos números y letras no eran fijos y dependiendo de las personas o el momento en que se observaban podían ser unos u otros.



época era frecuente asustar a los niños con la amenaza del hospicio si tu comportamiento no era el adecuado, cuyo edificio te enseñaban en todos los paseos familiares para darle verosimilitud a la coacción. En esa institución los niños llevaban un babi idéntico al mío. Por eso, cuando entré en el colegio lo primero que pensé es: “ya me ha llegado el día”.

La maestra no era mala, hacía lo que podía; el problema para mí eran los compañeros, que “NO SABÍAN NADA DE NADA”. Empezaban a aprender los números, letras, etc. elementos que a esas alturas yo dominaba y me pasaba el día pensando la cantidad de cosas útiles que podía yo hacer en casa con mis hermanos y la pérdida de tiempo que suponía estar allí.

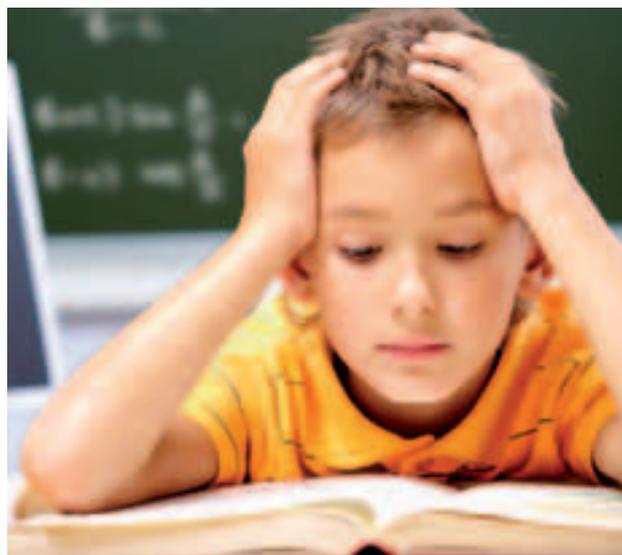
Como me negaba a asistir a clase por todos los medios, y dado que por motivos familiares debíamos trasladarnos a Madrid, abandoné la escuela unos meses para reintegrarme ya en la “preparatoria” en un colegio de monjas Franciscanas en el que habían estudiado previamente mis hermanos.

Te pasabas el día soñando con que al maestro no se le ocurriese que tenías que leer, porque casi siempre sabías como terminaba el asunto: mal.

El centro y la dedicación de las “Reverendas Madres” eran muy diferentes a los de la escuela pública, pero no dejaba de ser para mí un lugar en el que se coartaba la libertad, además había que aprender lo establecido y no lo deseado, situación que complicaba mucho el aprendizaje por mi parte.

Por entonces y a pesar de que había “aprendido” letras y números muy tempranamente, empezaba a darme cuenta que estos números y letras no eran fijos y dependiendo de las personas o el momento en que se observaban podían ser unos u otros. Para que se me entienda: “a ver niño... léeme esta cifra (694)”, “sí madre. Es el 649”. “Muy mal... es el 694...” En ese momento, cuando volvías a mirar la cifra, como por arte de magia, aparecía correctamente el número señalado por la profesora: el 694 y que sin ninguna duda anteriormente habías visto como 649. Era como si al cerebro lo único que le importase fuese que había cifras pero su orden podía mutar a voluntad. Unas veces se interpreta de una forma y otras de otra. Por esta razón era muy necesario dedicar tiempo hasta estar más o menos seguro (siempre inseguro) de que se había leído lo correcto.

Si la numeración arábiga es complicada aún más lo es la romana. ¿Alguien puede decirme a simple vista la diferencia entre IX y XI o IV y VI o entre VII y VIII. No me negarán que hay que mirarlo al menos tres veces.



No digo ya si lo que se quiere interpretar es “REGE CAROLO III ANNO MDCCLXXVIII” como reza el frontispicio de la madrileña Puerta de Alcalá...

Por otra parte, interpretar claramente cifras o peor, el orden de las letras en las palabras y las mismas palabras en las frases, era cuestión de prestar una atención extrema a todos y cada uno de los elementos que las constituyen. Si no es así, las frases se perciben de la forma siguiente:

~~ESTE TEXTO ES MUY COMPLICADO PORQUE CONTIENE MUCHAS PALABRAS Y FRASES QUE SON DIFÍCILES DE LEER Y ENTENDER.~~

Este aspecto es importante porque retarda en gran medida la lectura en comparación al resto del grupo y, por tanto, cuando al maestro se le ocurría la “feliz idea” de que un texto debería ser leído en pequeños párrafos por toda la clase, era una auténtica tortura. Todos leían mucho más rápido que yo y, lo peor, ¿qué leerás tú cuando te toque el turno? Te pasabas el día soñando con que al maestro no se le ocurriese que tenías que leer, porque casi siempre sabías como terminaba el asunto: mal.

A veces el profesor daba un tiempo para leer un texto a toda la clase y luego resumirlo; casi nunca me daba tiempo a terminar de leerlo. Por tanto, mal lectura, mal resumen... TODO mal.

Este aspecto es muy importante, sobre todo en determinadas pruebas de examen, por ejemplo, los test. En ellos se necesita muchísimo más tiempo para su interpretación si lo que se pretende es estar más o menos seguro de que lo que se ha hecho es correcto. A veces tienes que ir palabra a palabra ya que en ellos una preposición, adverbio o género del artículo puede ser trascendental. Toda mi carrera —medicina— fueron exámenes test, incluido el famosísimo MIR.

En muchas ocasiones, cuando estás leyendo un texto, hasta después de transcurrido un tiempo, no te das cuenta de que lo leído no tiene sentido alguno. Vuelves a releer y es como si fuese otro libro: magia. Siem-



pre hasta la tercera relectura no debe pensarse que el autor es *un insensato*, sino que posiblemente hayas cometido un error.

No es extraño que alguien te señale que en un texto en realidad pone todo lo contrario a lo que habías interpretado, es más, habías creído durante años.

Aún recuerdo el regocijo de mis compañeros y la cara de asombro de la profesora de Literatura en el Bachillerato cuando leyendo un texto de Menéndez Pidal sobre Gonzalo de Berceo, y al indicarme la maestra que le resumiera lo leído, le señalé “todo serio y convencido” que el autor del texto, o sea Menéndez Pidal, se dedicaba a tomar vinos por las tardes con el monje riojano y por ello contaba lo que contaba. Todo era porque el texto del filólogo se refería al famoso poema del monje que vivió 700 años antes que él y que reza:

*Quiero fer un prosa en román paladino,
en qual suele el pueblo fablar con so vezino,
ca non so tan letrado por fer otro latino;
bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.*

Si esto era dificultoso en el idioma materno excuso decir la tortura que suponían los idiomas, el latín y el inglés obligatorios en mi plan de estudios.

Recuerdo que tenía inglés el lunes a primera hora y ya comenzaba a dolerme el estómago el domingo en la tarde. Aún para mí el domingo tiene esos recuerdos: “¡Mañana King Kong!”, que era el apelativo que soportaba el profesor de inglés más que nada por su comportamiento y fenotipo.

Gran “tortura” era salir a escribir a la pizarra, seguro que alguna letra estaba cambiada o faltaba por lo que casi siempre terminaba con reprimenda del profesor. Todavía en la actualidad, y a pesar de dedicarme a la docencia, intento escribir en el encerado lo menos posible.

De todo lo expuesto, tal vez podría deducirse una conciencia del problema desde temprana edad; nada más lejos de la realidad: no fui consciente del esfuerzo

realizado hasta bien entrados los estudios universitarios cuando comprobé que el resto de la humanidad no percibía las frases y las cifras como yo sino de una forma más liviana. Las letras y números no tenían vida propia. Deduje que si todo el esfuerzo que yo realizaba en entender lo escrito lo hubiera dedicado a otra cosa hubiera podido hacer mil cosas más o por lo menos el trabajo necesario para conseguir lo mismo hubiera sido menor.

Odiaba leer libros, pero
no estudiar en sentido amplio,
ya que siempre que no fuese
leyendo me interesaba aprender
y conocer cosas nuevas.

Entre tanto, durante la etapa escolar utilizaba, estrategias para conseguir los fines educativos. Odiaba leer libros, pero no estudiar en sentido amplio, ya que siempre que no fuese leyendo me interesaba aprender y conocer cosas nuevas. Me encantaba la física (poder cuantificar los fenómenos naturales que me parecían impresionantes, los rayos... las estrellas, su lejanía, la electricidad, el magnetismo, etc.), los animales, sus partes, su vida... Pero aprender esto en los libros era terrible, por lo que optaba porque alguien se lo leyera y me lo contara o me hicieran resúmenes y leer lo menos posible.

Con las ciencias no me fue mal (había que leer poco), salvo que los resultados de los problemas dependían del azar perceptivo (no es lo mismo multiplicar 1234 x 57 que por 75). A veces los profesores eran comprensivos.





vos con el error en el producto. Ni ellos ni yo sabíamos que el problema era ontológico, por lo que no puedo ahora culparles de que no me entendiesen.

Probablemente el no ser consciente de la realidad, el pensar que a todo el mundo le pasaba más o menos lo mismo y que a pesar de ello eran ingenieros, médicos y hasta premios Nobel, me permitió realizar mis estudios de Bachillerato y los superiores. Adquiría de forma intuitiva las estrategias necesarias para que, a pesar de las dificultades, el trabajo con los libros fuese rentable desde el punto de vista formativo. Lo mismo harán los demás, pensaba.

Curiosamente las asignaturas de letras me gustaban y solía obtener buenas calificaciones en ellas salvo en los idiomas, en los que no sólo hay que hacer el esfuerzo de interpretar la estructura física del texto, sino que, al ser un idioma desconocido, no se puede hacer una interpretación visual del mismo, o sea, trabajo doble o triple.

Creo que la parte más importante del problema es que siempre se tiene una gran inseguridad. Nunca se sabe si lo que se ha aprendido leyendo es la realidad o la interpretación errónea de la misma. Por ello si ante una afirmación el profesor contesta: “Eso no es así”, lo aceptas siempre. Asumes como cierto que eres tú siempre el que te equivocas. Puede haber ocurrido que lo hayas leído mal y por ello interpretado incorrectamente.

Lo mejor, los pocos elogios por algún logro en lectura.; en estos casos el sentimiento de felicidad era doble, no sólo se había conseguido el conocimiento sino que encima, sin ninguna duda, se había interpretado correctamente el texto.

No hay duda que en el momento actual del conocimiento sobre estos problemas es inexcusable que un niño pase por situaciones como las descritas porque el maestro no ha sido capaz de detectarlas o no sabe cómo tratarlas.

Al cabo de los años, sólo pienso en que si las cosas hubiesen sido de otra manera (tampoco sé muy bien de qué otra manera), me hubiese ahorrado muchos esfuerzos. Aún así puedo decir que siempre he conseguido las metas que me he propuesto a base de esfuerzo personal, aspecto éste del esfuerzo personal, muy deficiente en los escolares españoles presentes.

No hay duda que en el momento actual del conocimiento sobre estos problemas es inexcusable que un niño pase por situaciones como las descritas porque el maestro no ha sido capaz de detectarlas o no sabe cómo tratarlas. Soy consciente de ser un privilegiado por haber conseguido de forma autónoma las estrategias que me han permitido cumplir metas, pero también soy consciente que muchos, muchísimos niños en mis circunstancias no llegaron donde merecían por falta de dedicación y apoyo. En la actualidad esto no puede suceder. ■